

La oscuridad del presente ha olvidado la luz invisible del pasado: A propósito de los que se fueron

Guillermo León Martínez Pino



La vida es aquello que te va sucediendo mientras estás ocupado haciendo otros planes.

Jhon Lennon

La vida es un caos donde uno está perdido. El hombre lo sospecha; pero le aterra encontrarse cara a cara con esa terrible realidad y procura ocultarla con un telón fantasmagórico, donde todo está muy claro. Le trae sin cuidado que sus 'ideas' no sean verdaderas; las emplea como trincheras para defenderse de su vida, como aspavientos para ahuyentar la realidad...

Ortega y Gasset

Introducción al recuerdo

A Cecilia, mi madre:

Hace ya muchos años caminé prendido de sus brazos y de sus afectos y, aún hoy, no sé hacia donde deambulo con mis sueños, mis locuras y mis incertezas.

Me gusta viajar al pasado de manera recurrente, porque estos viajes son abordados sin equipaje predispuesto. Quizá sea una obstinación inconsciente, que me deleita, engaña, o atormenta; pero es que viajando reconstruyo caminos andados, desando rutas oscuras y me introduzco en recovecos insospechados. Cada paisaje, cada color, cada olor, cada sabor, es una sensación fantasmagórica, que me permite aprehender ciertos baches del camino recorrido, como un hecho de la realidad tangible. A veces reconstruyo imágenes, sensaciones, recuerdos y; en mi ensimismamiento, recojo con coraje los disímiles pedazos de mundo: parajes por los que me ha tocado caminar y, con tranquilidad, pero a veces con impotencia, intento plasmar los trazos de mi temprana heredad.

En estos últimos años, —debo confesar—, ha aflorado la impaciencia, por comprender cientos laberintos de mi historia lejana y, aunque muchas cosas, han sido borradas por la amnesia del tiempo, confieso que he salido conforme, pues también las heridas que marcaron ciertos derroteros, son cosas del pasado. Entonces, descubro la alegría, por nunca haber perdido la esperanza, pues aún en

las noches más aciagas, siempre apareció una pequeña lucecita al final del túnel, a la que me pude aferrar con fe de carbonero para poder salir de la caverna. Hoy, con la tranquilidad que me dan los años, puedo decir, que todo cuanto ocurrió no ha sido en vano; que lo poco o nada que soy, siempre estará marcado por las utopías de los viejos que ya no nos acompañan, que con sus sueños nos construyeron las alas, para lanzarnos, desde entonces, a este mundo a pelear con los dioses y a exorcizar los demonios, en una suerte de ritual pagano, sórdido y dionisiaco.

Cada día que pasa las horas se apresuran, en un incesante afán por quedarse para siempre conmigo; y en ese devenir que se agota, observo que he cumplido con mis temores, mis sueños, mis miedos y mis angustias. Y, entonces, pierdo el tiempo que me queda, recabando con sílabas la nostalgia de aquellos seres inmortales que nunca se han desvanecido con el vendaval del tiempo, y acompañándome de José María Vargas Vila poder decir que en un momento de nuestra existencia es imprescindible, “descorrer el velo tembloroso con que el tiempo oculta a nuestros ojos aquellos parajes encantados de la niñez; aspirar las brisas embalsamadas de las playas de la adolescencia; recorrer con el alma aquella senda de flores iluminada primero por los ojos cariñosos de la madre”, para en este discurrir nostálgico de nuestro atardecer crepuscular poder “traer al recuerdo las primeras tempestades del corazón, las primeras borrascas del pensamiento, los primeros suspiros y las primeras lágrimas de la pasión, como un consuelo y un alivio en la adversidad” (Vargas Vila, 1908: 3).

En este divagar por la brecha del tiempo convergen en la memoria los caminos andados y desandados, la alegría, el dolor, la voz, el cuerpo, el alma, la luz y la oscuridad, la vida y la muerte y el delirio por recabar la historia perdida, desde quienes con su imagen trascendente, hicieron posible delinear nuestros senderos de vida. Esos personajes imperecederos, verdaderos íconos de nuestra existencia, son los actores centrales de este escrito, «seres tan íntimamente ligados a las escenas más interesantes de nuestra vida, que marcan en la memoria las huellas de su existencia, con caracteres indelebles que señalan épocas, días y horas que se levantan fijos como fantasmas, en la neblina oscura de otro tiempo; cruces solitarias, clavadas allí para el recuerdo» (Vargas Vila, 1908: 9).

El escenario de estos sucesos tiene como marco espacial Usenda, un pequeño poblado, cabecera de corregimiento que lleva su nombre, equidistante de dos poblaciones mayores: Silvia y Piendamó. Aquí, en esta comarca la vida discurre bucólicamente, con una dinámica estacionada en el tiempo; el mismo sabor a vieja calle polvorienta con el viento con zumbido de ruina; con sus transeúntes que ni se enteran del tiempo; el mismo cuadrante de la plaza pública en la que se levanta una derruida iglesia con su casa cural, que soporta los años idos frente a la mirada indiferente del otrora poder celestial. Tan sólo queda el atrio, dónde la banda del pueblo festeja, las fiestas patronales, que tienen como pretextos los santos y las

vírgenes, para glorificar el desborde pasional de los instintos mundanos y el desenfrene que otorgan los estados alterados de conciencia.

Este pueblo, que albergó nuestros primeros sueños, tan sólo atinó a ser sacudido de su letargo apacible y vivencial, por un movimiento telúrico que hacia 1967, estremeció los cimientos adormitados de sus habitante y devastó la arquitectura artesanal de bahareque sobre la cual se asentaba la casi totalidad de las construcciones que quedaron destruidas. Su imaginario social, fue fagocitado de forma inmemorial por el conservadurismo político, hermano gemelo de la cristiandad, que encontró en esta comarca irredenta el caldo de cultivo, para asentar su imperio de dominación. Una figura «tristemente célebre», de este entramado de poder eclesial-conservador, fue el reverendo Miguel Ángel Arce Vivas, un «insigne personaje» que acabaría, no solamente dominando a su antojo grandes extensiones territoriales, sino la vida social, religiosa y política, de esta pequeña comarca que para aquella época no poseía coordenadas en la geografía nacional.

Después de esta corta digresión anticlerical, continúo mi relato. Es en este villorrio llamado Usenda, en el que confluye la personificación de las fuerzas naturales fundidas con lo mítico y ritual; condensación de memorias y recuerdos de origen, es donde operan estas historias de vida, cuyos actores revelan imágenes de su cotidianidad, bien como queja o aceptación; como satisfacción o desencanto; como logro o como fracaso. Narrativas todas, que convierten la conversación en una historia intencional, en la que no interesa tanto la puntualidad del dato sino el acontecimiento que recrea un hecho circunstancial y vivencial, en el cual «parece que el alma desfallecida se rejuvenece con aquellas brisas, el corazón se vuelve a abrir a los reflejos de aquel sol purísimo, la imaginación vuelve a adornarse con el espléndido follaje de aquella primavera inmortal».

Al viejo Aniceto: tejedor de errancias de vida

Nacer y morir son experiencias de soledad. Nacemos solos y morimos solos. Nada tan grave como esa primera inmersión en la soledad que es el nacer, si no es esa otra caída en lo desconocido que es el morir.

Octavio Paz

Hombre pausado, que sobrevivió los naufragios que le deparó la guerra de los mil días y violencia partidista de los 50s., aferrándose desde siempre a la vida hasta su último suspiro de muerte. Quizá, sin pensarlo yo sea, el fruto irredento de lo que quedan de sus restos. Vivió siempre al filo del abismo, porque las profundidades le parecieron superficies de resistencia contra la quietud, así: un día cualquiera, se le

veía como labrador del campo o ganadero; otrora como músico tejedor de añoranzas o cuentero de vivencias fantasmagóricas, con las que encantaba a sus nietos entrañables que nacían para la vida.

El tiple y la bandola fueron siempre sus compañeros inseparables, ellos servían como telón de fondo, para expresar sus certezas indubitables contenidas en los refranes, dichos, cuentos y tradiciones; como cuando en sus largas disquisiciones, con apasionadas palabras, contaba las aventuras de Pedro de Ordimalas, personaje ficcional dotado de una rara apariencia engañosa, quien con sus picardías andaba siempre en la búsqueda de frágiles presas que cayeran en sus fauces seductoras, en las que el miedo, el terror, la sangre y finalmente la muerte se alzaban como sus más claros protagonistas. Ya, cuando las labores del campo habían despuntado el día; el atardecer tornaba el cielo marrón o amarrillo-rojizo, como el sol de los venados y la noche se vestía de luto, buscábamos un reducto donde compartir los ruidos silenciosos del anochecer, en este pueblito taciturno en el que se confundía la tranquila placidez de esa especie de comarca medieval, con la insondable espesura de la oscuridad que invitaba a jugar con la imaginación de los fantasmas que provee la espesura de la noche.

Otro día cualquiera, en un lugar cualquiera, se le observaba impartiendo autoridad por los campos desolados de regiones inhóspitas, o inventándose mojones y linderos consignados con letra palmer que sólo él, montado en su costillar de rocínante, entendía. También como artesano constructor de vida, desempeñaba consuetudinariamente el noble oficio del alpargatero, para deleitar la vida con la suave pisada de la pantufla de fique. Utilizando siempre las manos, la lezna, la aguja y un banco de madera, para día tras día tejer la urdimbre de su existencia; finalmente hilaba en la puchicanga la tela que luego envolvería como un guante los pies de sus destinatarios definitivos: personajes todos del campo o de los pueblos vecinos, cuyos lugares de encuentros eran los mercados locales de Silvia y Piendamó, en los que se daban cita para realizar los trueques de productos artesanales por los frutos de la naturaleza; formas «precapitalistas» de intercambio que permitían la recreación de los afectos y de memorias del espíritu mítico de nuestros campos. No es difícil hoy, recorrer las calles de su pueblo y encontrar a los paisanas rastreando las vivencias de este viejo andariego, al que la vida le enseñó a combinar su conservadurismo político con el espíritu aventurero de su talento.

En otra de sus tantas facetas, se le encontraba otro día como barbero o peluquero, tradición milenaria; recreada por Cervantes en el inmortal «Quijote», cuando presenta a este personaje como uno de los protagonistas de su novela. En su vetusta silla, en un sitio pequeño, acogedor, familiar, auténtico; lugar obligado de hombres; el viejo Aniceto, realiza sus charlas interminables; de las cuales nunca se tendrá noticias, pues son espacios secretos y confidenciales, donde la vida fluye como un ritual, y el corte de las barbas y el cabello, tan solo son el pretexto saludable en el que es plausible viajar por la máquina del tiempo.

Luchó contra el viento, desviándose por los desechos y recovecos que la vida le asignó como destino. En ese divagar, no fue el «higiénico cristiano», que su conservatismo de exigía, y más bien desvió su mirada inquisidora ante la tentación del mundo el demonio y la carne. En la errancia vagabunda de su nomadismo, en cada rincón del camino, dejó que el amor lo llamara a la puerta para rubricar la enloquecida fuerza del destino; así de su relación sacramental nacieron cuatro hijos: Ricardo, José Oscar, Mery y Cecilia; pero de los encuentros de la furtividad casual, no existen registros verosímiles que hagan posible rastrear el legado de la descendencia.

La abuela María Santos: el suave resplandor de una belleza ejemplar

Mira el cielo una noche despejada, nada de eso es casual, son los abuelos que nos invitan a vestirnos de luz.

Chamalú

Su nombre evoca santidad, reflejo por su puesto, de una sociedad judeo-cristiana, en la cual nació, creció y fue formada y de la cual heredó su condición de ama de casa ejemplar, de esposa fiel y devota; todo un dechado de virtudes. Y es que, algo que parece tan trivial, pero que la sociedad ha naturalizado reside en reducir a la mujer a esos estereotipos que repiten la aburrida letanía de su propia sacralización. En sus actuares enseñaba más con sus silencios, que con sus palabras, porque —tal como lo diría Eduardo Galeano—: «Los que no tienen voz» son los que más voz tienen, pero llevan siglos obligados al silencio.

Confundida entre el rescoldo de la hoguera del fogón de leña, donde ella usualmente residía —espacio donde transcurría su vida material y afectiva—; se le veía desde la temprana alborada, en ese pequeño recinto, donde el tiempo era verdaderamente mágico e increíble; la preparación diaria de los alimentos constituía un ritual con todos sus aderezos, allí la abuela con sus rabetas dulces y juguetonas, se erigía en la estrella polar alrededor de la cual giraba la formación familiar y prolongación de las costumbres ancestrales. Con su figura menuda, con su pelo rizado y tez trigueña curtida por el humo de los tiempos, la abuela tejía el trajín de su existencia hasta el final de sus años; fue una mujer generosa, bondadosa, flexible y tolerante; imagen que proyectaba y se fundía con su sentido místico y espiritual para ver la vida y entender el mundo, en una especie de sincretismo próximo a los valores más altos del género humano, irrigando el suelo de sus sueños, para hacerlo fecundo a las futuras generaciones que emergían a la sazón sabrosa de sus imaginarios.

Sus regaños siempre fueron una coquetería, un pretexto generoso de acercamiento febril y afectuoso para con sus nietos, que día a día descubrían en ella, mil y un

detalles que se me antojan, únicos e irrepetibles. Con un «rejo» de cuero de vaca, que solía esconder detrás de la puerta, propinaba los merecidos castigos a estos inquietos, irremediables e incorregibles muchachos, que diariamente se empeñaban en despertar en ella la deliciosa furia que hacía posible, que hasta un latigazo de sus manos, fuera la más dulce y sublime caricia, jamás recibida. En sus diálogos espontáneos, con sabor a hollín y a comida, con ternura simple transmitía las experiencias generacionales de costumbres familiares, de valores preñados de cariño y cuidado; ensoñaciones todas, que han atravesado nuestras barreras existenciales con amor y simpatía. La huerta casera, siempre fue su lugar de escape, su espacio de fuga; en ella podaba las matas y las flores y los sentimientos, que inyectaban el polen fecundo a sus silenciosos recuerdos. En ese reducto –intuyo– cantaba las letanías de sus soledades internas, que no podía hacer públicas, por las condenas inquisitoriales de la cristiandad mojigata, «que le tiene miedo al dolor de la vida; que sustituye el dolor animal por el dolor «espiritual», por la expiación de los pecados» (Alarcón,); que ha condenado a la mujer, a rumiar por siempre sus incertezas de vida, pues la mujer lleva milenios arrastrando un cuerpo sometido al orden falocrático, un cuerpo al que se le cortan las raíces desde el comienzo de su crecimiento, a la usanza de una mata de bonsái. Apoyado en la poesía de Carlos Drummond de Andrade (2011), puedo imaginar, esa letanía recitada de la siguiente forma:

Huerta de los repollos, huerta del jilo
huerta de la lectura, huerta del pecado,
huerta de la evasión, huerta del remordimiento,
huerta del escaramujo y del sapo y del pedazo
de cuenco de color guardado por el recuerdo,
huerta de acostarme en el suelo a poseer la tierra,
y de poseer el cielo, cuando la tierra me cansa.

Doña María, iba los domingos y fiestas de guardar a la iglesia, rezaba fervorosamente y daba caridad para los pobres; así se lo enseñaron los cánones estatuidos por las obras de misericordia. Poco salía del panóptico hogareño, al que había sido predestinada, pues siempre estaba ocupada en los menesteres que entrañaba el signo de ese destino manifiesto: arreglar la casa, hacer comida para los peones, amasar la cuajada para los quesos, ayudar a su hija Cecilia en las labores de costura y, al caer la noche se retiraba a su morada; allí bajo un aire cálido y apacible, en compañía del viejo Aniceto, charlaban, cantaban y soñaban; innumerables imágenes que iban dejando en el ambiente el suave resplandor de una belleza ejemplar e inaccesible.

Todo este recuerdo me provoca un íntimo escalofrío, un estremecimiento lírico delicioso, que se ve multiplicado cada vez que los recuerdos asaltan la memoria en las horas de reminiscencia y atisban esas nostalgias de nuestros seres queridos. En añoranza a la abuela María Santos va este pequeño homenaje:

A la abuela María

El hogar era su santuario doméstico y natural,
El fogón de leña, el lugar inconfundible de los olores, sabores y saberes,
Espacio en el cual ella era la única sacerdotisa con licencia celestial.
Guardiana de la sazón de sus manjares teñidos de sensibilidad y afecto,
Con su sencillez, iba llenando poco a poco de magia la olla.
Ella, sólo ella, sabía cómo se cocían e inventaban los platos y las fábulas exquisitas
Que alimentaban el alma con su aroma y con el aliento de su corazón.
Por mi abuela María, hoy sé que la vida es un delicioso recuerdo,
Un corcel de lenguajes invisibles tinturados con una pluma indeleble;
Evocación de la tierra, de la infancia y de la incesante huella de los tiempos idos.

La mamá Cecilia: mujer surtidora de sueños perdurables e irreverentes

Mi madre le ha temido a la noche desde el día que se fue mi papá. Hoy la miro y comprendo que ella aún piensa que las cuentas del alma no se acaban nunca de pagar.

Rubén Blades

Inapagable luz, que iluminó e ilumina las noches aciagas, cuando la esperanza se extravía en los laberintos oscuros de una vida incierta y truculenta, bien por las ausencias y despedidas o por las partidas inexorables de nuestros afectos del alma. En su soledad, pretendió encontrar la brújula que guiara su existencia trágica y, encontró en sus hijos Oscar, Guillermo y Rigoberto, el paliativo «trascendental», el refugio saludable, para despistar las angustias existenciales, de su corta estadía por este manicomio llamado mundo terrenal. No decía palabras, exhalaba alegría; fue surtidora de sueños perdurables e irreverentes, de miradas no opacadas por las sombras amnésicas del tiempo. En las noches oscuras, se le veía sacar de su cofre enigmático, las obras proscritas de José María Vargas Vila, y con la luz tenue de una vela enredaba el hilo del carrete de sus convicciones; obras que le explicaban los cien y mil años de penumbra que no había podido descifrar racionalmente. Cada página panfletaria de este proscrito escritor marcaba su incontrolable afán libertario y trasgresor: Flor de fango, Lirio negro, Lirio rojo, Aura o las violetas, Ibis, Los Césares de la decadencia, María Magdalena, El huerto del silencio, entre otras obras, martillaban y cincelaban la conciencia lúcida, de una mujer que buscaba derroteros que permitieran direccionar la formación púber de sus hijos. Obras que mostraban la mordacidad, con que el irreverente autor, abocaba temas políticos y del confesionalismo católico, frases con adjetivos lapidarios, quemantes, con los cuales su pluma se alzaba en rebeldía contra el orden establecido.

Esas noches remotas son un recuerdo inexpugnable; aquellas lecturas premonitorias tuvieron siempre mirada de despedida: una mirada fugaz entre las sombras, que anunciaban la partida temprana hacia el demiurgo, dejando en este mundo esa costumbre de morir a diario, porque la vida es apenas un milagroso reposar efímero; en eterno devenir de partidas y nacimientos incesantes. «El hombre es también un ser-para-la-muerte. [...] El hombre es el ser que se sabe mortal. [...] La precariedad de la vida, su finalidad sitúa al ser humano en el horizonte de una finitud lamentable» (Alarcón, 2005: 1).

Desde muy temprano en mi vida, ella me enseñó la fascinación por la lectura y no era extraño, que en las noches, con la luz titilante de una vela, me quedara extasiado con el rastro de las incógnitas que dejaban sus divagaciones noctámbulas, pues en el misterio de sus palabras se encerraban los territorios cifrados que el desconocimiento de otros mundos no me podían deparar. Casi que de forma obsesiva requería que mi madre me leyera –al pie de su máquina de coser Singer–, toda suerte de cosas, desde revista de aeroplanos hasta sus enconados libros de José María Vargas Vila. Uno de los más gratificantes recuerdos de mi infancia, es el de la aventura que viví cuando pude abrir los baúles que con celo protegía con candados en su recámara de descanso, pues en su interior encontré un sin número de libros, algunos forrados en tela o empastados elegantemente, con títulos que sugerían sugestivos pensamientos y acicateaban mi débil e inocente imaginación. Allí, se despertaron mis primeros asombros, en tanto en un pequeño pueblo incomunicado física e intelectualmente, la única forma que tenía de asomarme a la complejidad de la ventana de la vida, quedaba reservada exclusivamente para las letras y, éstas, sólo podían tener sentido, si alguien como Cecilia –a costa de toda censura–, se atrevía a tener junto a su almohada esa «lámpara maravillosa» que es el papel escrito y que me sirvió para alimentar los interrogantes e incertezas y para calmar el hambre por conocer lo recóndito, lo sencillo, lo profundo y lo perplejo y así como Ulises, poder, –desde la atalaya de mi cuarto– ver el humo que avizora otras realidades, más allá de nuestra débil percepción..

Aún me conmueve el recuerdo, de su tez trigueña, de su nariz aguileña, de su compulsivo afán de hermandad solidaria para con el desvalido; de sus manos artísticas de costurera y de la innata sensibilidad para tejer sueños premonitorios. Esa mujer, que imbuida de melancolía, nunca perdió la fe en la alegría de vivir y desterró de sus entrañas la palabra desesperanza. Pensó morir sin dejar memoria, porque creyó que matando su propia imagen, mataba en sus hijos el recuerdo lastimero de su ausencia; por eso ingenuamente rasgó sus fotografías creyendo con ello aniquilar su trascendencia, pero la trascendencia se construye en este mundo en el aquí y el ahora y no en la ilusión platónica del escape hacia el transmundo ideal de la perfección prohijado por la tradición judeo-cristiana. Hoy he vuelto con el recuerdo incólume y nítido a rastrear esos sueños, como un acto de refugio delirante de este fulgurante reconocimiento y siento su lenguaje sutil abrazarme salvíficamente en una suerte de vaivén de eterno retorno. Mi memoria conserva

intacta los aromas y resonancias de su espíritu mágico, de sus fantasmas e insomnios, de sus angustias existenciales por ver crecer a sus hijos espantando el réquim premonitorio de su final terreno, que al parecer la asechaba en las noches oscuras y aciagas de su existencia; su ejemplo me enseñó con los años, que los hombres nacemos para crecer hacia ese destino fantasmal que es la muerte.

Luego de su partida he cruzado con delicadeza exquisita y frenética los umbrales del aquí y el ahora; he volado por los desiertos de las nubes, hasta donde llega el esplendor del último rayo del sol; he bajado a las profundidades más oscuras, que con solo mirarlas me aterrorizan; para preguntarle al silencio, si existe un Dios y, si existe en donde está. Y, la única respuesta que llega a mis oídos, es el estruendo de una diabólica tempestad, que en su estridor nadie gobierna. Y, entonces alzo la vista hacia la inmensidad del cosmos buscando la redención o el consuelo y, un fantasma musita reiteradamente ¡Él no existe!, ¡Él no existe!

Con su partida hacia otros mundos, aprendí a la fuerza, que hay que proseguir siempre hacia delante, si se quiere explorar el mundo, saldando las cortapisas de los caminos tortuosos e inciertos, en un viaje sin retorno, por aguas oscuras a través de la noche. Luego sabremos si es posible, regresar al pasado a contar nuestras historias, ya no como la tragedia de la tierra oscura de nuestra infancia y adolescencia, sino con el fulgor que sólo el recuerdo de nuestros amores del alma permite y nuevamente acompañado de Vargas Vila, murmuro nostalgias diciendo: —vos Cecilia— «traéis al alma recuerdas del nativo campo, brisas del huerto paterno, rumores de sus ríos, perfumes de sus bosques, voces queridas, imágenes amadas y besos de la madre enviados en las alas de la tarde; ¡vos —Cecilia—, despertáis al corazón!».

Tú imagen seguirá siendo poesía indestructible; porque estás imbricada en las entrañas de tus hijos; tú imagen existirá aunque no se la escriba; seguirá estando viva en la alegría de la descendencia; en la música que anima los recuerdos de vida; pero también en las noches sin fondo de nuestras tragedias humanas; así como en las victorias del amor, en donde serás fiel compañera. En memoria de tu recuerdo van estas mis palabras nostálgicas:

Nunca podré olvidarte Cecilia;
Esos tus recuerdos atraviesan mis sueños,
Y se posan irreductibles en mi mente y mi corazón;
Están allí siempre presentes, como un ángel tutelar,
Como un icono indeleble,
Surcándome en las noches con sus cálidos arrullos,
Asaltando el tiempo, el espacio y la soledad,
Para dejar escuchar el palpito de su vida en el ocaso de mi atardecer.

La tía Mery y su familia: el deleite del arte y la música, como recurso existencial

Tengo el alma hecha ritmo y armonía; todo en mi ser es música y es canto, desde el réquiem tristísimo de llanto hasta el trino triunfal de la alegría.

Nicolás Guillen

La tía Mery casada con el maestro Francisco Methza, desde siempre supo que su vida estaría marcada por la relación aristocrática que la figura de músico ortodoxo irradiaba. En un ambiente pueblerino apacible, como el que proyectaba la Silvia del de la mitad del siglo XX, formó su familia, en un entorno de sinfonías, trompetas, saxos, percusión; que daban un toque de distinción existencial a las cuatro mujeres que rodeaban el júbilo sonoro del hogar, sobre la base del deleite artístico de los acordes de un piano de cola, que siempre adornó la sala de recibo de la casa de habitación.

Indiscutiblemente el maestro Methza, un pastuso venido del sur, se constituyó en el colonizador de las sonoridades frías de estas taciturnas montañas andinas. El amor por las bandas musicales fue su encanto visceral: De esa impaciente y temperamental personalidad nacieron sonoridades transgresoras, en un ámbito en que la Iglesia, con sus músicas «cultas», perdía fuerza aglutinadora, frente a las músicas profanas que otorgaban cierto aire de libertad y desasosiego espiritual, en estos territorios inhóspitos e indómitos, pero hermosos de las montañas del Misak. Su caligrafía musical era excepcional y su oído tan envidiable como su memoria musical.

Con el maestro nacieron y se conformaron las pequeñas bandas musicales de la región: Silvia, Usenda y Santander de Quilichao; que irían posteriormente a formar parte del legado musical, del valor cívico y el deleite artístico y educacional que se les atribuyen a estos formatos orquestales, que perdurarían hasta hace unas dos décadas, como formas mediadoras de relacionamiento social; en tanto, en estos ambientes pueblerinos, las bandas hicieron parte del folclor cotidiano, como cuando con júbilo festivo, la ciudadanía daba vueltas alrededor del parque principal escuchando los acordes de la retreta vespertina, en donde intercambiaban miradas furtivas chicos y chicas, en una cortejación coquetona singular. Los que formaban parejas ya consolidadas como matrimonios o relaciones estables, circulaban en el mismo sentido, los solteros caminaban en sentido opuesto lanzándole miradas y piropos que servían como telón de fondo, como una caricia sonora, para robarle una sonrisa premonitoria, antes de beber las mieles del amor.

Desafortunadamente, la familiaridad de estos espacios lúdicos, basados en afectos cotidianos, enraizados en el pueblo, rodeados de recuerdos de vida en común, han venido siendo reconfigurados con la nueva industria cultural. Las viejas bandas, que

otrora actuaban dentro de los reductos murales de los parques, bajo el amparo, el sentimiento y afecto del pueblo que las sostenía cariñosamente, han venido perdido su estatus de referente, como agentes de mediación simbólica de las representaciones sociales. Con un dejo melancólico y un adiós sin retorno, se están despidiendo estos bellos recuerdos sonoros de antaño, hoy los sonidos trasgresores de la postmodernidad han mutado hacia otras sensibilidades efímeras, a escenarios a los que Marc Auge ha dado en denominar los no-lugares.

Volviendo a nuestro personaje. Con esa idolatrada figura paterna del Maestro Methza, convivió la tía Mery y crecieron sus tres primeras hijas: Yenny, Betty y Francia. Esa especie de personaje heroico, siempre proyectó en el imaginario familiar una época dorada, de sigilo moral, de buenas maneras, de una vida higiénica, una especie de paraíso perdido, en medio de la exuberancia de un contexto social agresivo, que enfrentaba a los indígenas Guambianos, con los grandes hacendatarios, asentados en estos territorios: Aurelio Mosquera y Pacho Morales. Por supuesto, la familia creció en medio de este alinderamiento, que justificó, desde una visión aristocrática—terrateniente, la segregación del campo y lo indígena como inculto, natural e indómito reflejo de una minoría de edad y; la ciudad, como lugar de lo noble, lo culto, lo sagrado y auténtico; signo inequívoco de la asunción a la mayoría de edad.

En estos territorios como la Silvia de los años 50s. y 60s., las élites optaron por la invisibilización del otro, reduciéndolo a «paje», «muchacha del servicio», «peón» etc.; connotaciones peyorativas que servirían como figuras institucionales para explotar el trabajo del subalterno en condiciones de servidumbre y anonimato. Con esos, oficios considerados «plebeyos», los hogares fueron convertido a sus protagonistas en prolongación casi natural de la familia, así lo certifica una figura emblemática de la familia Methza–Pino, personificada en la figura de Benilda, una indígena Nasa, de callada inquietud, quien desde su silencio fantasmal, finalmente ha sido –con su sabiduría milenaria, cifrada y sencilla–, testigo excepcional de las alegrías, pesares, esperanzas y frustraciones de tres generaciones, que han crecido bajo su tutela y cuidado.

En medio de esta cartografía, soportada en una visión escatológica de jerarquías segregadoras, vivieron y convivieron la tía Mery y sus hijas. Por supuesto, su imaginario siempre fue proclive a codearse con la aristocracia citadina, compartir sus hábitos, sus lógicas de consumo cultural, sus empatías y gustos, los modos públicos de expresarse y comunicarse, la conducta y el decoro. Estas adscripciones hacia esa forma de ver el mundo de entonces, definieron en la familia Methza–Pino una serie de filiaciones estéticas, educativas, afectivas, artísticas, religiosas, etc., propias del entorno vivencial en el cual sus miembros crecieron y se formaron. Ello explica la propensión de la familia por el arte de la pintura, el gusto por la música, con los acordes del piano y el acordeón; su casa de habitación plagada de ciertas excentricidades; el orden y la limpieza exacerbada hasta el cansancio.

A este ambiente muchas veces fui invitado, aprendí de él y de mis primas la calidez de las sonoridades musicales, la estética de la pintura, la incondicional generosidad hecha espíritu en el talante de la tía Mery. Pero la muerte que llega opaca y silenciosa, se la llevó sin anuncios y sin permiso, como una sombra fugaz que se anida en los pliegues de la vida; la desapareció inusitadamente y con ella se fueron mis últimas esperanzas e ilusiones de niño huérfano, quedando a la intemperie en el laberinto oscuro, soñando un mundo que me era esquivo, acompañado de las angustias prematuras, de la soledad y de las añoranzas de los tiempos idos.

Hoy en sueños, la he vuelto a mirar, con su sonrisa cómplice, con su cálida hermandad, con su dulzura maternal a flor de piel, que no necesitó de poemas para enriquecer su belleza; porque ella en sí ya era un poema viviente. Murió. Y no supe sino hasta tarde de su muerte; no pude ver su partida. Ahora intento evocarla, pero se desvanece. No he encontrado siquiera rastros de su pasado para reconstruir su historia de afectos y desprendimientos. Quizá, este sea el único homenaje póstumo que le adeudé desde entonces.

El tío Ricardo: el recio talante de un errante de la vida

Si la búsqueda traza perversos laberintos, ¿en cuál esquina del día cederá su espacio, la añoranza? Como signos del adiós cruzan el cielo los pájaros.

Nora Carbonell

Su figura menuda contrastaba con el recio talante de su carácter, forjado a la usanza de la disciplina militar. Siempre sospeché que esa reciedumbre provenía de su sangre guerrera o del amor por ganarle la batalla a la vida. Contaba el viejo Aniceto, que desde muy niño, se le veía atrapado entre la jungla lidiando con el ganado, sometiendo a la bestia a sus caprichos y designios. Era conocido por ser capaz de seguir a una manada de animales hasta capturarlos y, luego soltarlos para deleitarse a solas viendo como hasta el ser más primario puede jugar con la libertad que le otorga la naturaleza; esto por supuesto, es un simple indicador de su fortaleza de carácter, nomádico, libre y aventurero, pues no le temía a las sorpresas; había aprendido en los sintiempos de su trasegar a chocar con lo inesperado y utilizar esas incertezas en su propio beneficio.

Con su voz fuerte, aguda y altisonante imponía respeto al interlocutor, pero en el trasfondo de su personalidad se escondía ese intelectual emergente, aquel formado no en la academia convencional, sino en el autocultivo del ser, en medio los avatares de la vida, en una suerte de «docta ignorancia» de la que habló alguna vez Sócrates, el padre de la mayéutica. Gustó siempre de ejercer la autoridad, tratando de domeñar con tino el desborde de sus pasiones y emociones, que fueron muchas.

Entre otras, pasión compulsiva por ser maestro de maestros; pasión por cumplir con las responsabilidades asumidas como hijo, padre, hermano y abuelo. Rodeado de una vasta prole, su familia constituyó una de sus mayores inquietudes, sino la más significativa. Ese apasionamiento desató una voluntad férrea por vencer las adversidades, con templanza y fortaleza, pero sin descuidar lo afectivo y espiritual, heredado de la imagen generosa de la abuela María y del viejo Aniceto.

Su vida fue un reto de aventuras temerarias. Desde muy temprano abordó la ruta de enfrentarla por su propia cuenta y riesgo, saliendo un día cualquiera de ese bucólico pueblito de Usenda, que sólo invitaba a estacionarse en las inercias del tiempo. En ese trance por reorientar el rumbo de su destino hacia un laberinto lleno de bifurcaciones, encontró inesperadamente, en uno de los recodos de su divagar, a doña Mery Vega y con ella afincaron juntos una ruta de vida material, espiritual y afectiva, que no desató sino la inexorabilidad de su partida definitiva, dejando como impronta el ejemplo de una actitud honesta y sincera ante el mundo, la vida y su heredad; circunstancia que lo impulsó a no estar al margen de los retos de su tiempo. Estoy seguro que muchos de nosotros, quienes tuvimos la fortuna de compartir la cercanía de sus afectos, afrontamos nuestras aflicciones y tragedias de hoy, con la voluntad férrea de su legado, seguros de estar prendidos del orgullo de sus enseñanzas, compartiendo aún, la riqueza y sabiduría de sus errancias de vida. En homenaje a ese afán libertario y nómádico del tío Ricardo, se me antoja una última dedicatoria; aquel poema “Nubes”, del maestro José Emilio Pacheco (2013), que dibuja con pincel de artista la personalidad imperecedera de nuestro protagonista:

En un mundo erizado de prisiones
Sólo las nubes arden siempre libres.
No tienen amo, no obedecen órdenes,
Inventan formas, las asumen todas.
Nadie sabe si vuelan o navegan,
Si ante su luz el aire es mar o llama.
Tejidas de alas son flores del agua,
Arrecifes de instantes, red de espuma.

Islas de niebla, flotan, se deslían
Y nos dejan hundidos en la Tierra.

Como son inmortales nunca oponen
Fuerza o fijeza al vendaval del tiempo.

Las nubes duran porque se deshacen.
Su materia es la ausencia y dan la vida.

Así entonces, puede decirse que el tío Ricardo tuvo su propia forma de caminar la vida, envistiendo sus sueños con la preñez de la lucha, las obligaciones y responsabilidades; estimulaciones que sirvieron para construir los porvenires de su familia, en medio de las vicisitudes y azares de la existencia.

El tío José: las infinitas muertes destinadas a renacer

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa. Rostros perdidos en mi frente, rostros sin ojos, ojos fijos, vaciados, ¿busco en ellos acaso mi secreto, el dios de sangre que mi sangre mueve, el dios de hielo, el dios que me devora? Su silencio es espejo de mi vida, en mi vida su muerte se prolonga: soy el error final de sus errores.

Octavio Paz

En algún tiempo ya lejano de mi memoria hay nichos oscuros. Nocturnos recuerdos, que como baches se cuelgan en mi pecho como grandes sombras del pasado. Recuerdo, cuando del brazo de Cecilia mi madre, revoloteaba por las casas vecinas del pueblito de Usenda, para chismografiar los venires, devenires y porvenires de sus gentes, al calor del rescoldo de los fogones de cocina o de los hornos de leña, que servían de escenario propicio para calentar los diálogos inconclusos de sus protagonistas. Siempre sentía vértigo al admirar, en las noches de luna llena, cómo el cielo se inundaba de muchas más estrellas, de las que jamás he vuelto a tener noticia. Tal vez porque en aquella época floreciente, los afectos de familia no eran un recurso escaso, como sí lo son ahora, en estos tiempos llamados postmodernos.

Añoranzas felices de mi niñez, pegadas aún a la dermis de mi piel, tatuadas todas con miradas de fulgor; vida salpicada de ilusión y de pulsión. También recuerdo que en aquellos años de niñez, no sé por qué taras psicológicas, siempre fui una persona miedosa. Miedo a la noche, a la soledad y a los animales. La simple presencia de una luciérnaga revoloteando con su luz intermitente, me asustaba e inquietaba, pero la sobreprotección de mi madre, se encargaba de disipar esos insulsos temores.

Por aquellos años, yo cursaba mis estudios primarios en la ciudad apacible de Popayán. Pero un día jueves, cuando la mañana entregaba sus primeros rayos de sol y me disponía a la rutina disciplinaria de la escuela, pasó lo que jamás pensé que pasara: todos los miedos que acompañaron mi vida, exacerbaron el clímax de mi espíritu. Nada peor podía suceder. El tío José apareció como un fantasma portador de malas noticias; casi nunca lo había visto ni tratado. Él en medio de mi extrañeza, tan sólo atinó a decirme que debería acompañarlo a un viaje, quizá sin retorno. No se necesitaron más palabras para comprender, lo que nunca me había preguntado:

que la muerte —amiga insensata—, llega a cualquier hora y lugar, sin avisar ni pedir permiso. Hasta esa época creía y pensaba en la trascendencia del alma y la mortalidad del cuerpo, pero nunca que esta tocara las puertas de mi casa: había muerto Cecilia. Su partida no tuvo despedida, porque ella Cecilia, siempre entendió, como decía Epicuro que, «La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es y cuando la muerte es, nosotros no somos». Allí sentí lo que es fundir la tristeza y la desolación de la mano del desencanto, convertidos todos en silencios vivos.

Y sin embargo, si algún sentimiento de añoranza queda en mí, fue ese sentir absoluto que tanto me llenaba y me sigue llenando, el de la imagen de esa mujer que despertó sensaciones frescas, miradas cómplices y que, me enseñó además, a sobornar las desidias con el corazón abierto, para luego celebrar la fiesta de la vida. De allí en adelante, me tuve que acostumbrar a vivir el día como se presentara. En la casa del tío José, inicié la nueva travesía que me transportaba a otro mundo extraño y desarraigado. Realicé así un viaje sin sentimiento de espera. No había alternativas. Me dejé invadir por juegos de grandes sombras y claridades, meditando cada día un futuro que me era esquivo y, como lo dijera el poeta, entendí a golpe del destino que, «las pesadillas ya no pertenecen al ámbito de los dormidos sino al pleno días de los despiertos».

La fantasía en que viví durante mis primeros años de infancia, viró hacia la realidad turbulenta de este mundo. En este nuevo escenario, con el tío José aprendí a mirar la plenitud de una noche sin luna, en la que todos duermen amparados por los sueños, mientras yo camino diluyendo mis ambigüedades bajo luz tenue de los recuerdos que iluminan mis deseos, en una suerte de puerta abierta a las espontaneidad de mis pasiones. Son los tiempos en que empiezo a construir la conciencia del ser y del sentir, sin tutelajes, a volverme mayor en términos de las resistencias adversas, a percibir que el mundo se mueve y no puedes permanecer impávido en la contemplación de tus miserias; a entender, que en adelante te llegarán mil experiencias de vida diferentes y que tienes que aprender en silencio, a escuchar a sus protagonistas desconocidos, a olvidarte de tus sueños adormecidos, como una anestesia evocadora del olvido.

Al tío José y a su familia, que me acogieron en su seno, les doy mi reconocimiento. Todos ellos, me enseñaron la curiosa posibilidad de resurgir, de transitar otro camino, sin cordones umbilicales que separen sueño y realidad. Me encaminaron a vivir la vida de un modo que desconocía, a abrazar el mundo considerándolo diferente en cada amanecer; a comprender que las incertezas de la vida, se perpetúan con infinitas pequeñas muertes destinadas a renacer ininterrumpidamente como apariencias de nuevos despertares.

Tal vez los años que dejan huella, los rumores de la vida que siguen circulando a nuestro alrededor, nos ayuden a desembarazar esa sensación trágica del pasado y a

contemplar que somos producto de nuestra propia invención; que ya no creemos, ni en el Dios trascendental de los cristianos, ni en las revoluciones totales hechas por los humanos; pero aun así, seguimos jugando en el deleite y el empecinamiento por la locura, que hace posible el gusto por las pequeñas cosas; sabiendo que siempre podemos regresar a la casa de donde provenimos, esa que llevas contigo en todo momento y lugar. En homenaje, a todos aquellos protagonistas de esta historia, que construyeron a golpe de furor este pedazo de mundo, vaya este último recuerdo:

La luz invisible del pasado

El recuerdo me enreda, me fractura, me obnubila;
Entonces retorno a la soledad de la adolescencia,
Y voy en la búsqueda de: Aniceto, María, Cecilia y Mery;
Ricardo y José. Abuelos, madre, tía y tíos;
Y, en el rescoldo y las cenizas del fogón de siempre, veo que
Se anidan mis sueños y los recuerdos que avivan la esperanza..

Ya, todos están muertos, es cierto.
Sus partidas estuvieron pobladas
De adioses, de renunciadas y de ausencias;
Pero sus imágenes retumban como truenos,
Como vendaval desenfrenado,
En el desierto indómito de este universo,
Para seguir caminando por el atropellado avatar del destino,
Retando el siniestro funeral que es este mundo.
Y finalmente pedirles a todos ellos:
Dejadme pasear por sus silencios en mis largas noches de luna.

Referencias Bibliográficas

Alarcón, Viudes Víctor M. (2005). Nietzsche: el contraespíritu del cristianismo. En: Revista A Parte Rei. Recuperado de <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/viudes29.pdf>

Drummond de Andrade, Carlos. (2011). Letanías del Huerto. Disponible en <http://noctambulario.blogspot.com/2011/03/carlos-drummond-de-andrade.html>

Pacheco, José Emilio. (2013). Nubes. Recuperado de <http://cruzandoespejosdes.blogspot.com/2013/09/nubes-jose-emilio-pacheco.html>

Vargas, Vila, José, María. (1908). Aura, ó, las violetas. Emma Lo Irreparable. Mexico: Librería de la Vda. de che Bouret.